

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Los Nuevos: entre la tradición y la vanguardia

RICARDO RODRÍGUEZ MORALES
Trabajo fotográfico: Alberto Sierra

EL 6 de junio de 1925 comenzó a circular en Bogotá una revista sin mayores pretensiones formales que, bajo el nombre de Los Nuevos, presentaba a un grupo de escritores cuyos temas de interés eran la política, la crítica, el arte, la literatura y los asuntos sociales, escritores que con el tiempo se destacarían en distintos frentes de la cultura nacional. Los hermanos Felipe y Alberto Lleras Camargo desempeñaban los cargos de director y secretario de redacción, respectivamente, respaldados por una "directiva" integrada por Rafael Maya, Germán Arciniegas, Eliseo Arango, José Enrique Gaviria, Abel Botero, Jorge Zalamea, León de Greiff, Francisco Umaña Bernal, José Mar, Manuel García Herreros, Luis Vidales y C. A. Tapia y Sánchez.

Página anterior:
Cubierta de los primeros números de la revista Los Nuevos (fotografía: Ernesto Monsalve).

Es ya un lugar común decir que el siglo XX empezó en Colombia en los años veinte, y tal vez esta circunstancia puede generalizarse para América Latina, pues durante este decenio es cuando se manifiestan en la cultura de la región los síntomas de los grandes cambios que estaban ocurriendo en el mundo. La expresión de la vanguardia surge entre los escritores latinoamericanos cuando la convicción de estar asistiendo a un desajuste entre las formas literarias heredadas y la sociedad a la que pertenecían se hace evidente. La nueva realidad que imperaba entonces era la de las ciudades modernas que estaban cambiando su fisonomía y su espíritu, y que absorbían con diligencia el talento de los jóvenes que acudían a ellas con la esperanza de encontrar horizontes más amplios que los que les ofrecía la provincia. Con lo que la realidad volvía a instaurarse como maestra de la creación, como lo afirmara Ángel Rama: "Lo que fue la naturaleza para los prerrománticos, era ahora para los vanguardistas la ciudad moderna"[1].

Paralelamente a la pionera Semana de Arte Moderno de São Paulo (1922) surgen, en puntos estratégicos de América Latina, diversas avanzadas vanguardistas nucleadas en torno a revistas, manifiestos, actos públicos escandalosos, para proclamar la voluntad de lo "nuevo". Es curioso, pero esta misma palabra, "ingenuamente dignificada", se constituye en el santo y seña con que se reconocen unos a otros y la que les permite unificarse. Su común denominador: la voluntad de ser distintos, la rebeldía para afirmar que nada les debían a sus antepasados, la conciencia gozosa de ser "nuevos" y, por lo mismo, la libertad de improvisar formas acordes con las nuevas circunstancias materiales y espirituales. Buscando una definición sencilla y contundente, los escritores y artistas de estos años se llamaron a sí mismos "ultraístas" en España, "creacionistas" en Argentina, "vanguardistas", "modernistas" y "antropófagos" en Brasil, y "nuevos" en Colombia y Uruguay.

1. Ángel Rama, "Medio siglo de narrativa latinoamericana (1922-1972)", en *La novela latinoamericana, 1920-1980*, Bogotá, Procultura S.A.-Colcultura, 1982, pág. 100.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

LITERATURA COLOMBIANA

LOS NUEVOS

AHQ 3041



POR CARLOS ARTURO CAPARROSO

Hacia 1910, al igual que en todos los otros países de Hispano-América, podían tenerse como suficientemente agotadas en Colombia las posibilidades del movimiento modernista.

A partir de entonces empezaron a señalarse ,vagamente al principio, definidamente después, nuevas orientaciones líricas. Correspondían a lo que, en literatura española en general, se ha denominado el neo-modernismo, término muy amplio que abarca las diversas tendencias que de aquella fecha en adelante surgieron tanto en España como en América.

Ensayan esas nuevas tendencias una otra modulación. Registran estados de sensibilidad que ya no cabían en la gama rutinaria de las designaciones al uso, demasiado gastadas como calderillos por la repetida frecuencia.

Una publicación novedosa, primer síntoma del viraje, aparece en 1915, en Medellín: la revista **Panida.** La dirige León de Greiff. En su número inicial, trae inserto un poema del director: **Balada de los Buhos Estáticos,** armazón de versos fuera del orden al uso.

Entre nosotros, también, ha callado ya el cisne de Darío. Substitúyelo, en la sombra transida de misterios, el buho. El buho que, como ha anotado Alfonso Reyes en su ensayo **De volatería literaria,** representaba la fase del momento aquel en la poesía hispano-americana, después de la instigación al asesinato del ave heráldica de Rubén lanzado por Enrique González Martínez desde los alejandrinos de su memorable soneto aparecido en el libro **Los senderos ocultos** (1911): "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje".

Luégo, a raíz del conflicto mundial de 1914 a 1918, se intensifica la evolución de nuestro lírico.

La poesía, parejamente a las otras manifestaciones humanas, entra en una etapa de truculenta crisis. Se acentúa la táctica revolucionaria que en años antecedentes instaurara Marinetti. El vanguardismo literario apura los mayores excesos.

Aunque algo retardadas, como en más de una ocasión ha solido sucedernos, nos llegan las ondas de vaivén de ultramar. Revistas literarias de la época como **Los Nuevos, Voces, Universidad,** tratan de captar las nuevas maneras.

Mas con todo y los briosos arrestos de la muchachada de aquellos años de 1920 a 1925, aproximadamente, considerando a espacio, se puede constatar de que en Colombia no hubo exasperado ni robioso vanguardismo literario a estilo de los **ismos** europeos o del estridentismo de algunos países latino-americanos. Sin duda alguna nuestro medio, con su buen lastre de clasicismo y su des-

pejado sentido de la ponderación, evitó los desórdenes risibles, las orgías imaginativas y las intemperancias verbales a que llegaron los escritores vanguardistas de casi toda la América española.

En 1925 hizo su aparición en Bogotá la revista **Los Nuevos.** Como su director, figuraba F. Lleras Camargo; como secretario de redacción, Alberto Lleras. Traía, además, la siguiente Directiva: Rafael Mayo, Germán Arciniegas, Eliseo Arango, José Enrique Gaviria, Abel Botero, Jorge Zalamea, León de Greiff, Francisco Umaña Bernal, José Mar, M. García Herreros, Luis Vidales, C. A. Tapia.

Por la precedente lista de nombres, así como por los otros colaboradores que en **Los Nuevos** insertaban sus producciones —José Camacho Carreño, Germán Pardo García, José Restrepo Jaramillo, etc.— se echa de ver la índole miscelánea, en ideologías y en modos literarios, de la publicación. En efecto, allí se barajaban desde los doctrinarios conservadores hasta los noveles aprendices de marxismo de la época, desde los poetas de tradición clásica hasta los cortejadores del vanguardismo. De ahí que, con sobrada razón, comentara Silvio Villegas en aquellos días la revista y el grupo que en torno a ella cerraba filas, en estos términos: "**Los Nuevos,** que aspiran a reaccionar vigorosamente contra la generación **relativista** del Centenario, en los momentos en que la última moda es el relativismo con Einstein y con las escuelas germanas, publican una revista que consagra el más temeroso de los relativismos: la colección anárquica de todas las escuelas literarias y políticas. Con pretexto de reunir el pensamiento joven se publica una "antología de la generación nueva" según la frase selecta de Abel Botero, un crítico de sutileza barresiana, cuya sensibilidad parece refinada en los canales anémicos de Venecia" (**La Patria**—Manizales—1925).

En las páginas de **Los Nuevos,** o en el grupo que en torno a ellos se formó, figuran los líricos más importantes surgidos a la vida literaria colombiana en el decenio de 1920 a 1930. Haré su mención, juntamente con los otros surgidos para la misma época.

MONTEZUMA

(Viene de la página 21)

La furia de los aztecas estalla cuando Montezuma muere víctima de los pedradas que le lanzaron sus súbditos, a tiempo que se asomaba al balcón para pedirles paz y serenidad ante la exigencia de los españoles de destrozar los adoratorios de los ídolos. Ante tamaño crimen, los aztecas derivan su remordimiento y su ira hacia el puñado de españoles que se bate en retirada la famosa noche triste que los tiró al alba convertidos en un mísero grupo de harapientos descalabrados y empavorecidos.

Queda así la historia de Montezuma. Sin fechas. Dejando un amplio espacio propicio a la fantasía, rica de la magia legendaria de un pueblo incomparable. Pensamos en los Conmenos, en los Borgia, en Calígula, para poder situar a Montezuma en la vida de los hombres.

Los Nuevos, artículo publicado en la revista Vida, Bogotá, núm. 18, mayo de 1948, págs. 22-23.

SUMARIO

VIDA

	Pág.
De Mes a Mes	1
El Corazón - Richard Kirn	2
Aventuras de San Brandán - R. Trevin - (Traducción de León de Greiff)	4
Diario de un lector - Carlos Martín	7
La fortuna de los Villafuentes J. Manuel Marroquín	10
"El Teléfono", de Menotti. J. I. Libreros	18
Montezuma - Alvaro Mutis	20
Los Nuevos - C. A. Caparroso	22
La raya blanca - John Ferguson	24
Hay un instante Guillermo Valencia	27
Cuadro de honor	32
El seguro y la unidad mundial Max Wollner	39
Por qué lo llamamos Precursor? M. J. Forero	43
Tres leyendas - G. Romero Restrepo	46
Insectos luminosos - Julio Rodríguez	48
Cuento de Mayo - O. Díaz Díaz	50
Página de las señoras - Beatriz	52

Portada de Martínez Delgado.— Ilustraciones de Grau Araújo, Arango y Durán Solano.

REVISTA MENSUAL

de la

Compañía Colombiana de Seguros

y de la

Compañía Colombiano

de Seguros de Vida

DIRECTOR:

GERARDO VALENCIA

•

Oficinas:

EDIFICIO DE LA COMPAÑIA

COLOMBIANA DE SEGUROS

Carrera 7ª Calle 17

•

Apartados:

AEREO 3537 - POSTAL 39

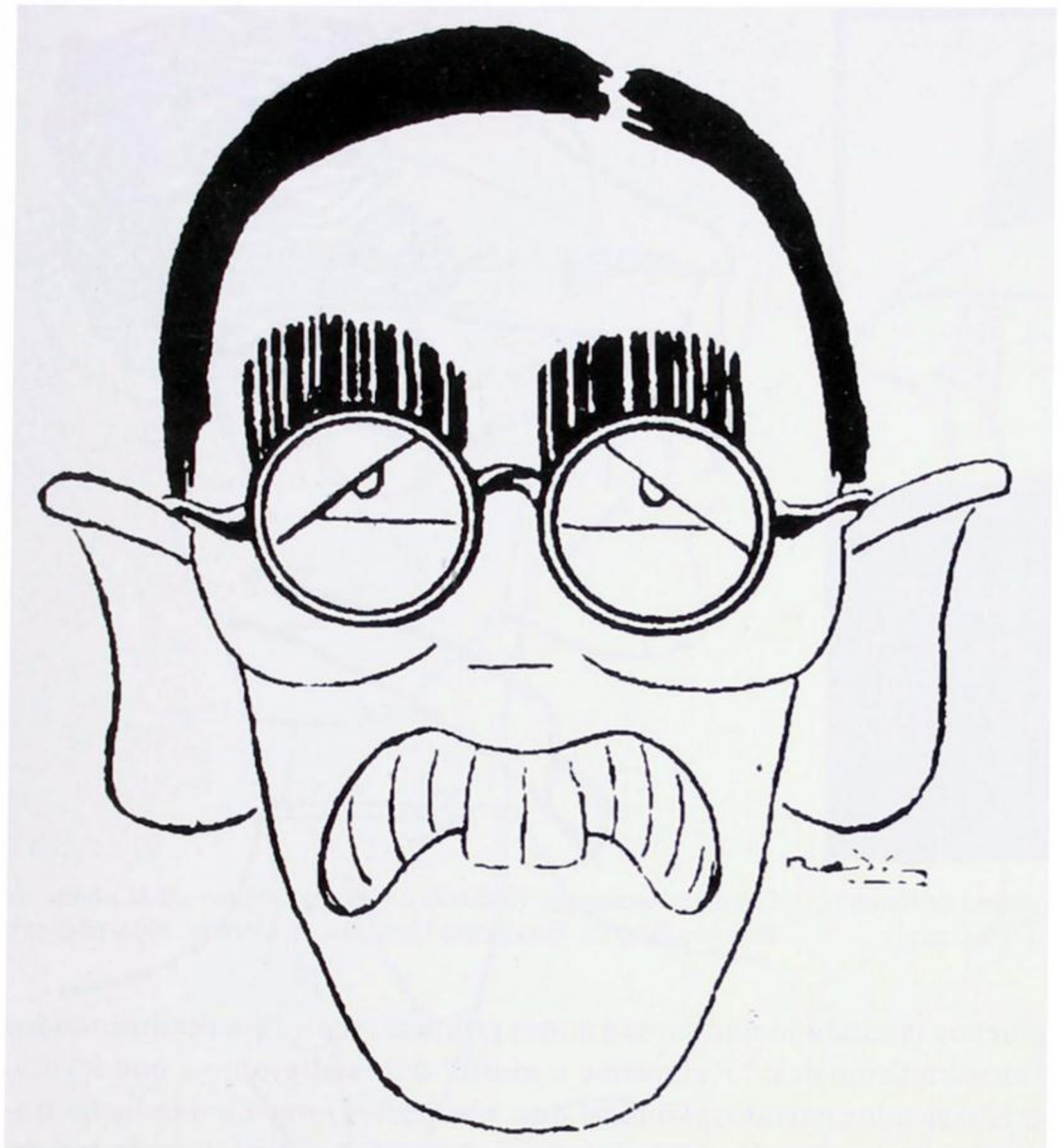
BOGOTA - COLOMBIA

•

Registrada en el Ministerio de Correos y Telégrafos con el número 1583

Sumario de la revista Vida, dirigida por Gerardo Valencia, núm. 18, Bogotá, mayo de 1948.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



Felipe Lleras Camargo (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 214).



Alberto Lleras Camargo, caricatura de Ricardo Rendón, El Tiempo, viernes 30 de octubre de 1931.

En Colombia Los Nuevos no se presentaron en sociedad con un manifiesto, esa suerte de ariete con que las vanguardias buscan tumbar las puertas de las ciudadelas culturales, sino con una revista que diera cuenta del "pensamiento nuevo". Pero, ¿qué entendían estos jóvenes escritores por pensamiento nuevo? "Sería muy difícil reducir el fenómeno a una fórmula mental exacta —se lee en el editorial del primer número de la revista quincenal—. Sin embargo, podemos decir que hay pensamiento nuevo cuando las fórmulas buscadas para el bienestar social o político de una nación no llenan todas las aspiraciones colectivas y cuando el sentimiento nacional empieza a orientarse hacia otros rumbos". De esta afirmación se puede inferir una crítica contra la actividad de la generación del Centenario —de la Independencia—, cuyos frutos ya se conocían en la acción periodística, educativa y política. Jorge Zalamea se refería a este inconformismo en un artículo publicado en Crítica, dedicado a conmemorar los 25 años de la aparición de Los Nuevos. "La nueva generación pretendía —dice Zalamea— que la obra literaria de las anteriores —y muy especialmente la del 'Centenario'— adolecía de dos graves defectos: una especie de falso romanticismo que se expresaba en la predisposición a simular buenos sentimientos y cierto provincianismo que les hacía vivir ausentes de las más hondas y complejas preocupaciones del mundo contemporáneo. La promoción que irrumpía ahora en asalto, tenía la pretensión de realizar un arte que, a la vez, fuese más sincero, más humano y más universal"[2].

2 Jorge Zalamea, "La aparición del grupo de Los Nuevos", en Crítica, 1.° de septiembre de 1950. Reproducido en *Literatura, política y arte*, Bogotá, Colcultura, 1978, pág. 591.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



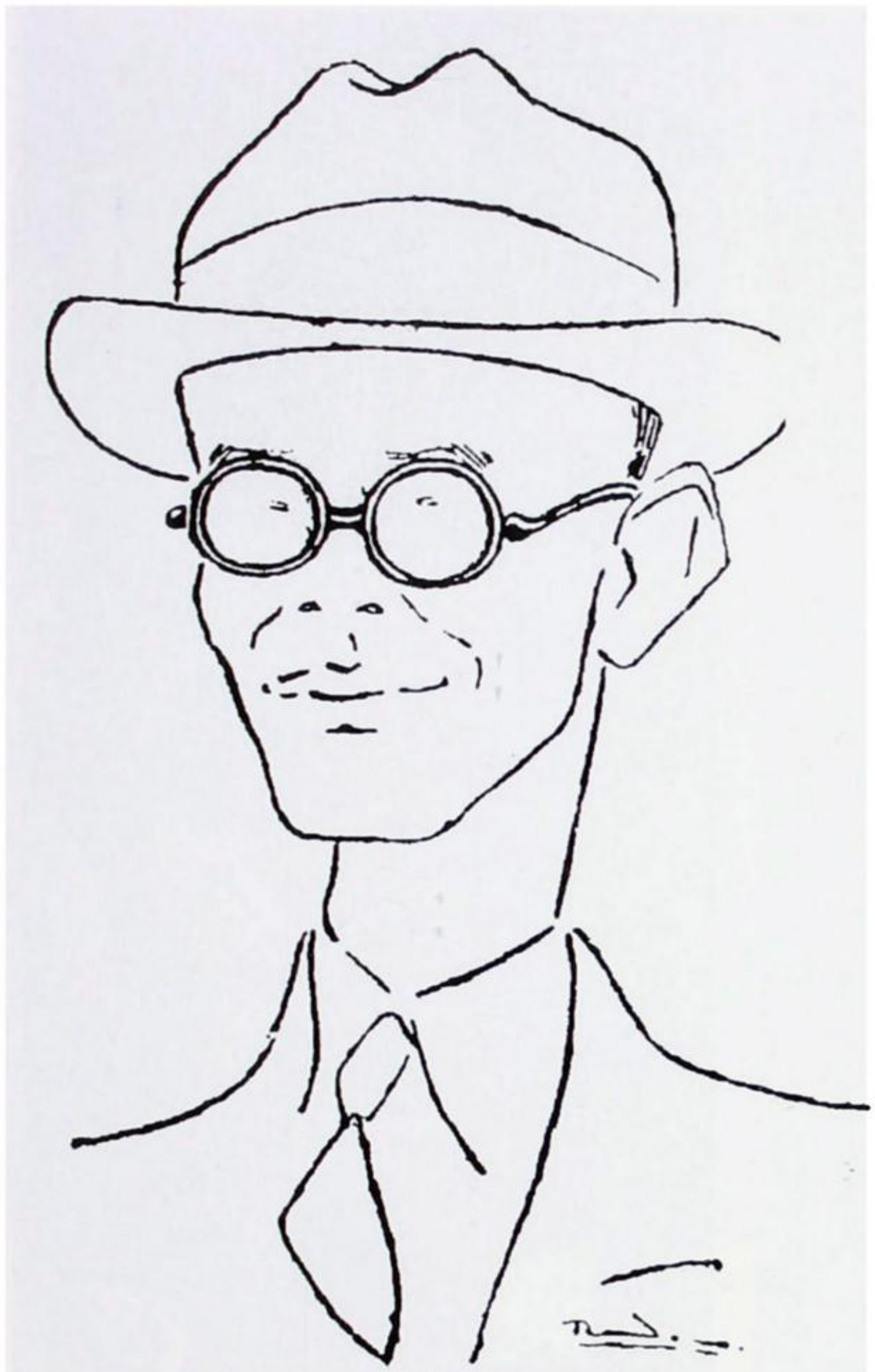
Rafael Maya (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 227).



Germán Arciniegas (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 31).

Pero Los Nuevos también tenían pretensiones políticas: se decían desilusionados de los partidos tradicionales. "Renovarse o morir" era la alternativa que formulaba Felipe Lleras a los partidos políticos que, por encontrarse en una lucha fratricida por el control del poder estatal, habían descuidado el análisis de las circunstancias modernas y las alternativas prácticas que planteaba la época. Por esta razón, la reforma educativa y en particular la reforma universitaria suscitaron el interés de Los Nuevos, y varios artículos de la revista así lo ponen de manifiesto. Se confiaba en que una reforma de los programas de estudio y una mayor participación social del saber repercutirían en un mejor entendimiento y una mejor manera de enfrentar los retos que el momento exigía a las naciones que emergían a la economía internacional. Frente a las salidas que el Estado daba a las necesidades del pueblo y de la nación, Los Nuevos protestaban contra las fórmulas de la caridad cristiana y los consejos de resignación frente a las miserias que veían crecer por causas humanas, demasiado humanas, que sólo generaban los distintos tipos de violencia que han prosperado hasta el presente en el país. Todo esto hacía referencia, desde luego, a la situación del escritor en la sociedad contemporánea, a la actitud de los intelectuales frente al poder. "La intelectualidad que constituye la clase media —dice Felipe Lleras—, [y que] confronta la tragedia de tener que vivir, se suma a la burguesía, y la pluma y el verbo se entretienen en tejer sofismas que halaguen a los de arriba y aplaquen el furor rebelde de los de abajo". Las circunstancias posteriores, en particular el fin de la hegemonía conservadora y el ascenso del partido liberal al poder, colocarán a varios de los miembros más conspicuos de Los Nuevos a trabajar al lado de los Centenaristas, ocupando altas posiciones gubernamentales. Fue el caso de Jorge Zalamea, quien fuera secretario del presidente Alfonso López Pumarejo; de Alberto Lleras, que ocupó por dos veces la silla presidencial; o de Germán Arciniegas, que ocupara varios puestos gubernamentales y diplomáticos. Tan sólo León de Greiff se mantuvo hasta el final de sus días ajeno a los asuntos del poder, haciendo alarde de un anarquismo que permeó su vida y su obra. Otros, como

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



Eliseo Arango (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 23).



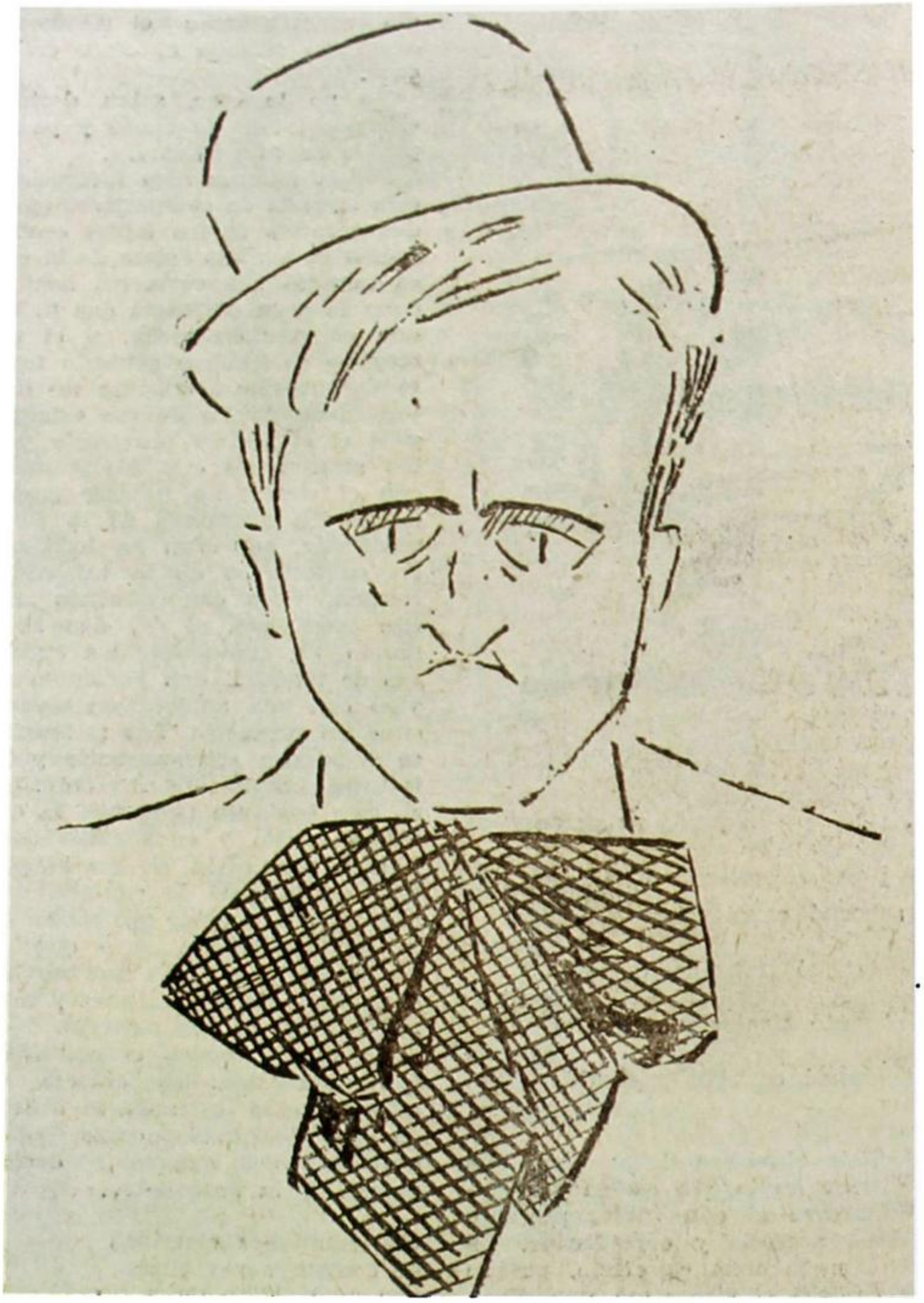
Jorge Zalamea (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 405).

Tejada y Rendón, murieron prematuramente, entregando al periodismo su genio y su talento; en tanto que otros, como Vidales y José Mar, se sumaron al campo de la izquierda y del periodismo.

¿GRUPO O GENERACIÓN?

Conscientes de ser sólo un grupo, Los Nuevos aspiraban a que su revista recibiera la colaboración de todos los escritores nuevos, pues "cada generación lleva consigo sus ideas y preocupaciones, las cuales le imprimen determinado impulso a la vida nacional y constituyen el fondo ideológico de un país en determinado momento de su evolución". Esta convocatoria es la que hace posible que encontremos en una misma entrega de la revista artículos que hablan de "La bancarrota de la política" (Felipe Lleras Camargo), de inclinación más bien comunista aunque no se refiera explícitamente a la opción soviética, junto al titulado "La orientación reaccionaria de la juventud" (Augusto Ramírez Moreno), con una reivindicación clara del catolicismo y la tradición. Esta situación no podía durar mucho tiempo, desde luego, tanto más cuanto la polarización de la vida social y política del momento era tan intensa. Ésta es, incluso, la razón de la desaparición de la revista después de haber anunciado que a partir del número 6 pasaría a convertirse en semanario, con un nuevo formato y extensión. La discusión quedó planteada pero

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



León de Greiff, caricatura de Ricardo Rendón, publicada en El Tiempo, 25 de febrero de 1940, sección 2, pág. cuarta.



Luis Vidales, El Gráfico, Bogotá, núm. 770, 13 de febrero de 1926, pág. 1008.

no se desarrolló en sus páginas, para continuarse en nuevas publicaciones, como Universidad, que dirigiera Germán Arciniegas entre 1927 y 1929 —en su segunda época—, y dar paso a la consolidación del grupo de los Leopardos, de marcada tendencia derechista, en particular hacia el fascismo italiano.

Los términos de esta polémica generacional los encontramos expuestos en el tercer número de Los Nuevos. Sus páginas recogen las "Reflexiones inactuales" que la lectura de la primera entrega de la revista le suscitaron al joven Silvio Villegas y que aparecieron primero en su periódico La Patria, de Manizales. "Encontramos exceso de literatura en sus páginas —dice Villegas—, pero no las 'ideas nuevas' de que se habla en la portada". Respecto a la literatura, dice a continuación, "tiene el propio espíritu de imitación de las escuelas francesas; las orquestaciones musicales de Verlaine, de Samain, de Arthur Rimbaud; el colorismo de los artistas prerrafaelistas; la literatura de los perfumes y de las joyas que domina la escuela inglesa con Walter Pater y Oscar Wilde. No encontramos la 'emoción nueva' en las páginas de esta revista de juventud". Por esto Silvio Villegas dice sentirse atraído tan sólo por lo antiguo de su contenido; es decir, por lo clásico, por lo permanente. "El mundo del espíritu —escribe— está sometido, como el mundo físico, a leyes invariables; lo

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



Autocaricatura de Rendón, El Tiempo, 29 de noviembre de 1931.

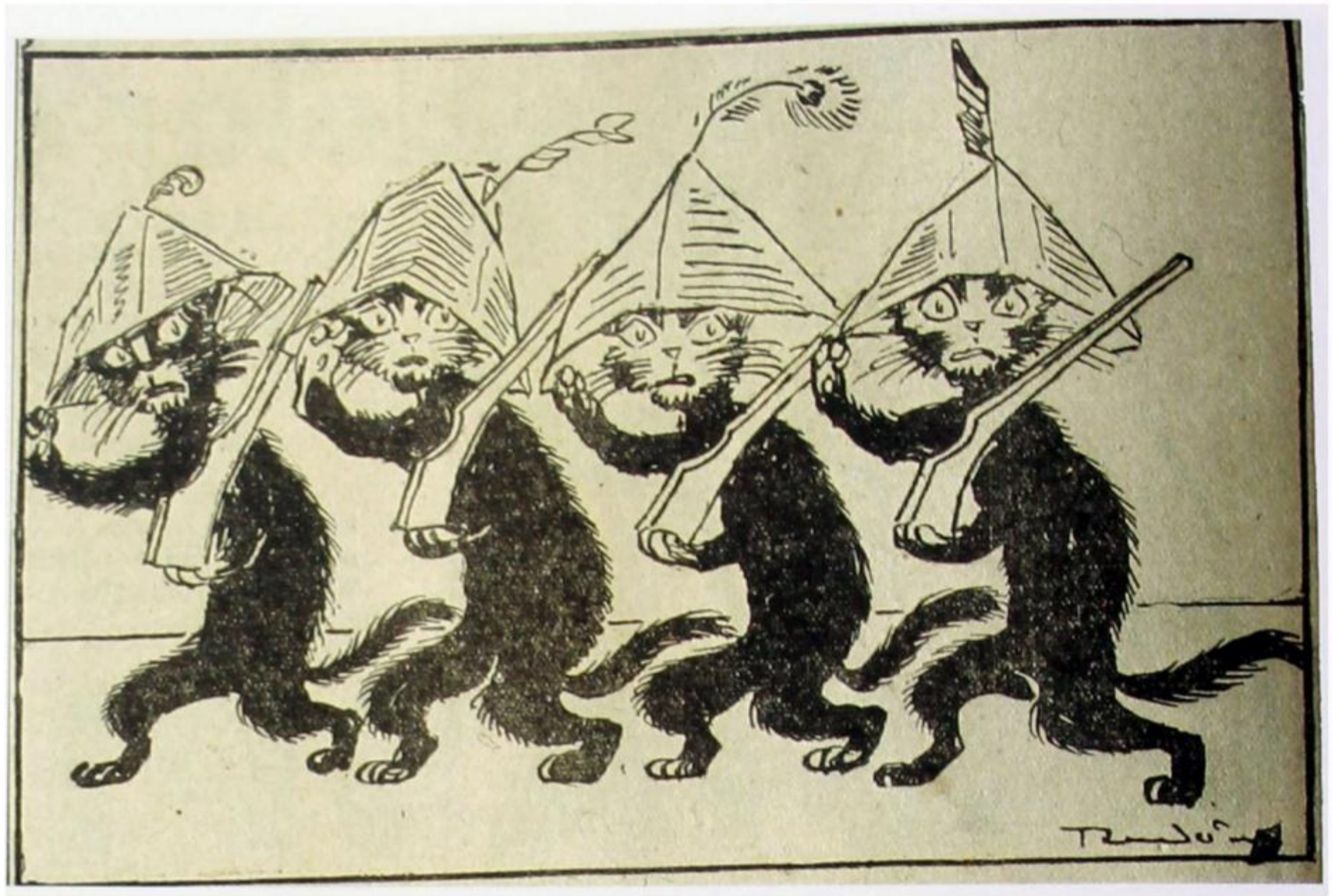


Armando Solano, caricatura de Ricardo Rendón, publicada en El Espectador, Bogotá, 26 de diciembre de 1931.

distante de las verdaderas conquistas es falso, engañoso, aparente. Sólo la verdad pura es contemporánea de todos los siglos". Y concluye poniendo énfasis en la tradición, ya que Villegas considera que las ideas comunistas son incompatibles con la cultura de la inteligencia, "porque el hombre sólo realiza su personalidad cuando logra con el cultivo de sus inquietudes el embellecimiento del universo".

A estas "Reflexiones inactuales" responde indirectamente Felipe Lleras en carta abierta a los directores de El Eco Nacional —órgano nacionalista de los Leopardos—, titulada "El momento político", escrita a propósito del apoyo brindado por esta publicación a la candidatura conservadora de Miguel Abadía Méndez a la presidencia de la república. Se pregunta Felipe Lleras si en verdad existe la tradición que ellos creen defender, para responder enfático a renglón seguido: "No; no es posible que exista, por una mera y simple cuestión de tiempo y por un hecho irrefutable de constitución social". Según su parecer, "ser tradicionalista en el trópico, y especialmente en estos países convulsionados y epilépticos, cuya evolución se ha orientado por el pesado sable de los caudillos, en un perenne verter de sangre fraterna, y donde las constituciones se suceden unas a otras y las reformas se atropellan al impulso de un incorregible esnobismo que en el fondo no es más que la curiosidad aborigen por las baratijas que tiene el encanto de lo ultramarino; es un modo de asumir una pose si se quiere de empenachada aristocracia de espíritu, pero que no corresponde a la realidad política de la nación". El deslinde de los campos ideológicos queda planteado, en palabras de Felipe Lleras, cuando al final de su escrito puntualiza, que "mientras los NUEVOS de la izquierda sentimos el afán torturante de la justicia social, en marcha en los dos hemisferios, y el bullir de

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



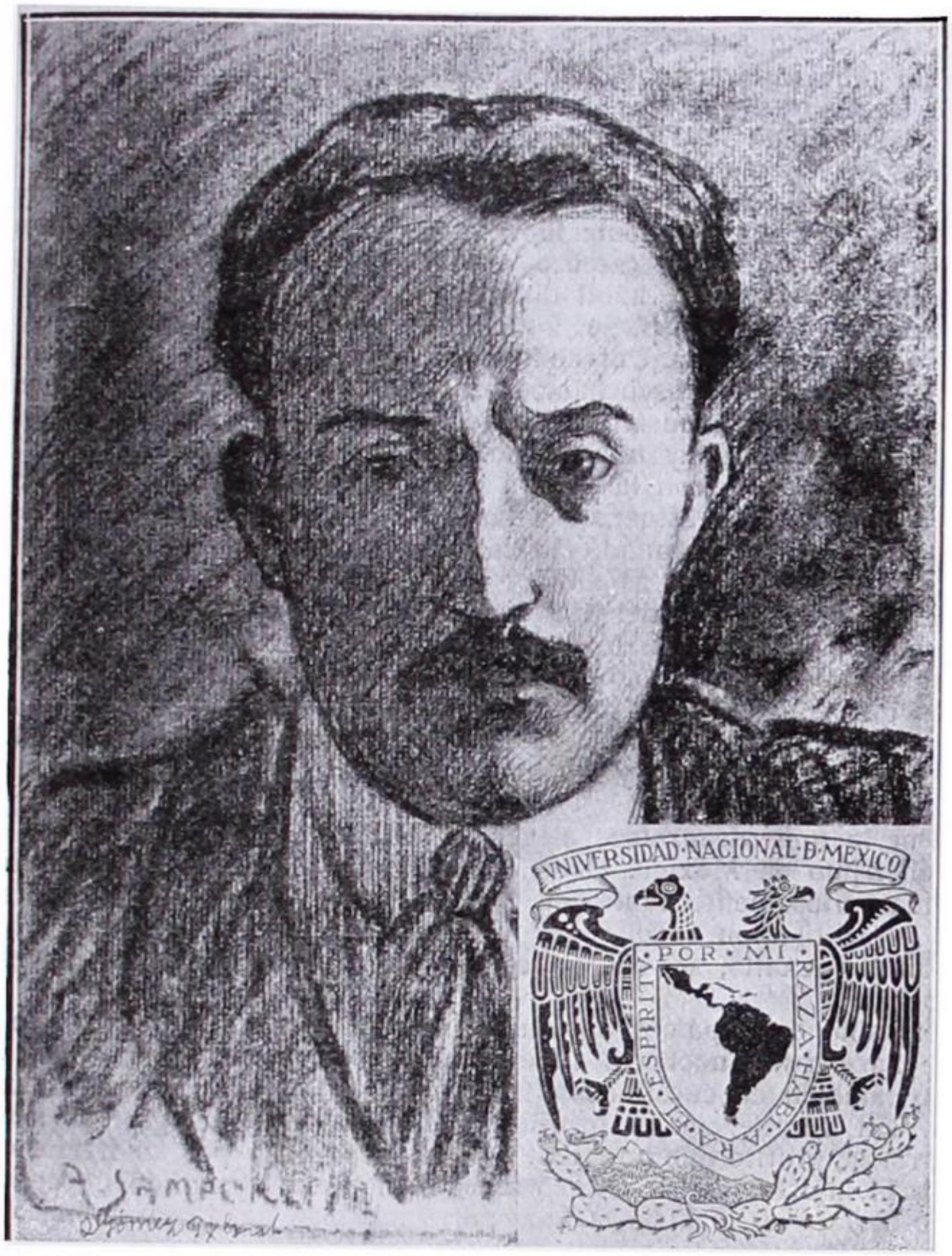
El escuadrón "Silvio Villegas", caricatura de Ricardo Rendón, Bogotá, El Tiempo, 13 de junio de 1931.

un gran ideal humano, que dignifique y fecundice el apostolado, ustedes, NUEVOS de la extrema derecha, simbolizan su programa en un ilustre personaje, representativo de una tradición indiscutible en Colombia, la santa tradición del puesto público, y de una hegemonía que, para los que nos interesamos por el buen nombre de la patria, ofrece el halago no remoto de una diplomacia joven y brillante, que sepa llevar con dignidad el frac flamante de las embajadas y ser heraldo clamoroso de la nueva generación en los centros culturales del viejo mundo". Anotemos al margen que ambos bandos siguen gravitando en torno a los centros culturales europeos, sin que haya una verdadera atención para lo que se está fraguando en Estados Unidos para la cultura contemporánea. Igualmente, enarbolan el valor de la patria como algo inalienable, sin referirse a la nación o al país en particular que se estaba conformando.

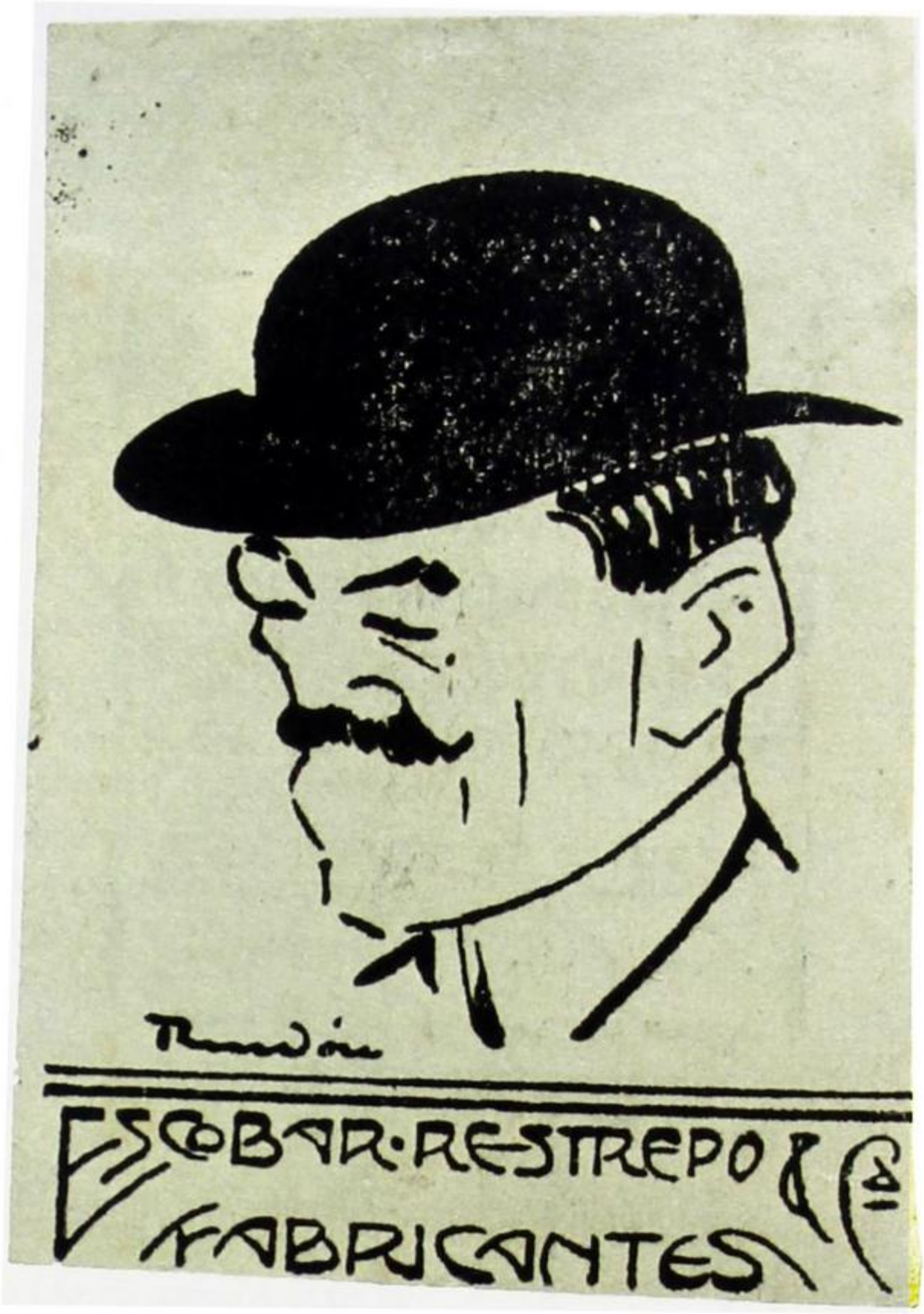
Es claro que los distintos puntos de vista coinciden en denominarse "nuevos", partícipes de una misma generación que tiene diferentes ideologías y actitudes divergentes frente a la cultura, la política, la vida social y el arte. Pero también es cierto que Los Nuevos que aquí reseñamos, es decir los de izquierda, que no lo fueron todos, se destacaron en el campo de la poesía y del ensayo, del periodismo y la literatura, mientras que los demás se deslizaron rápidamente hacia el campo de la política y de la gestión gubernamental y partidista. Ya antes incluso de la publicación de Los Nuevos, era conocida la agrupación de corte fascista —partidaria del Estado fuerte y de vocación tradicional, inspirada en la Action Française, en Mussolini y en los monarquistas franceses Barrès y Maurras— integrada por el citado Silvio Villegas, Eliseo Arango, José Camacho Carreño y Augusto Ramírez Moreno, quienes llegaron a ser prestantes políticos conservadores y que adoptaron para sí el nombre de los Leopardos, acrónimo de la Legión Organizada para la Restauración del Orden Social, que se había formado y se expresaba en el ámbito nacional desde 1924.

Respondiendo a la cuestión de si Los Nuevos eran un grupo o una generación, diremos que eran corrientes de un mismo río pero cuyas fuerzas buscaban cambiar

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



José Vasconcelos, Universidad, Bogotá, núm. 16, año 1, 21 de septiembre de 1921, pág. 265.



Luis Eduardo Nieto Caballero, caricatura de Ricardo Rendón, en *Álbum de caricaturas de los cigarrillos Victoria*, Medellín, Escobar, Restrepo y Cía. Fabricantes, c 1920.

el curso de las aguas de la historia. La conciencia de estar asistiendo a un cambio, no sólo continental sino mundial, movió a la juventud intelectual de los años veinte en Colombia a adoptar posiciones firmes en torno a los problemas y las salidas que reclamaban la atención de las nuevas naciones que se abrían, unas más temerosas que otras, a los vientos de modernización que imponía la dinámica de la economía internacional en tiempos de la primera posguerra mundial.

LA POLÉMICA GENERACIONAL

El perfil generacional de Los Nuevos se fue definiendo paulatinamente tanto en la polémica interna como en la confrontación con la generación inmediatamente anterior que, en los años veinte, acaparaba los medios de expresión más importantes del país. Recordemos que los Centenaristas nacieron como generación con tres heridas: la guerra de los Mil Días, la dictadura de Rafael Reyes y la pérdida de Panamá. Esta circunstancia moldeó su carácter pacifista y tolerante, su aquiescencia con las instituciones de la democracia representativa y su moderación en la vida pública y en la creación intelectual. Representantes de las tendencias secularizantes e independientes de los dogmas católicos, los Centenaristas introdujeron cierto carácter cosmopolita en la cultura colombiana que permitió asimilar expresiones culturales europeas diferentes de las de España. Pero además, lo que es más sintomático, eran los propietarios y administradores de los medios de producción ideológicos más importantes: periódicos, revistas, impren-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



Agustín Nieto Caballero (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 252).



Jorge Eliécer Gaitán (tomado de Germán Colmenares, *Ricardo Rendón: una fuente para la historia de la opinión pública*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias, 1998, pág. 238.

tas, escuelas, librerías, clubes, cafés. Claro está que esto no significaba que Los Nuevos no tuvieran oportunidad de trabajar o publicar en los grandes diarios, ya que de hecho varios de ellos colaboraban periódicamente en El Tiempo, La República, El Nuevo Tiempo o El Espectador, pero su actividad estaba confinada a la esfera estrictamente periodística, pues en el plano literario las páginas de estos diarios estaban abiertas sólo para los versos parnasianos de Víctor M. Londoño o Miguel Rash Isla, para los poemas de Eduardo Castillo o de Abel Marín, y hasta para los sonetos del más joven Carlos Lleras Restrepo, un neoclásico sin pretensiones de revolucionar las letras colombianas, quien fuera, no obstante, presentado por Calibán como la promesa literaria en las Lecturas Dominicales de El Tiempo. Como lo expresa Alberto Lleras en sus *Memorias*, "los Nuevos se sentían marginados y yo no sé por qué, sin mucha esperanza, y fermentaban una sublevación general contra el establecimiento [...] Entre nosotros, hacia la mitad de la década del veinte, lo único común era la general insatisfacción con lo establecido, que lo mismo se sentía en quienes, sin saber cómo, habían quedado ubicados en la derecha, que por quienes estábamos naturalmente en una posición de izquierda, que presentíamos más a tono con el tiempo del resto del mundo, apenas adivinado a través de libros, revistas y escasas informaciones cablegráficas"[3].

3 Alberto Lleras, *Memorias*, Banco de la República/El Áncora Editores, Bogotá, 1997, págs. 242-243.

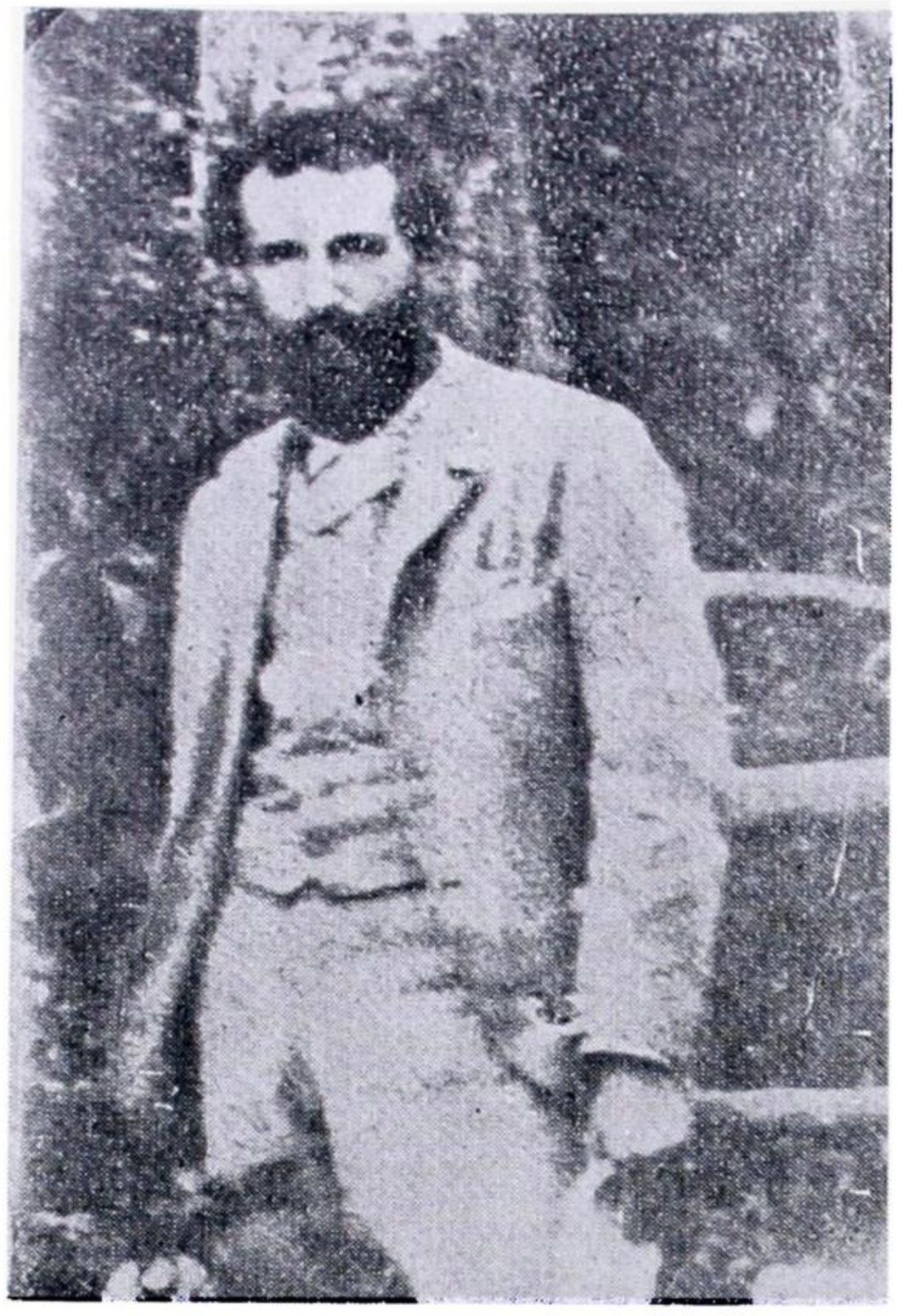
Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Las repetidas críticas a los Centenaristas que Los Nuevos consignaron en su revista fueron respondidas por Armando Solano en un escrito aparecido el miércoles 22 de julio de 1925, en la sección Artículos y comentarios del diario El Tiempo, bajo el título "La nueva generación". En su escrito, Armando Solano saluda la emergencia de la nueva generación, a la que le reconoce ante todo una superioridad frente a la que él representa: "la inquietud espiritual, el afán de indagarlo todo, sin prejuicios, sin múltiples respetos, y queriendo buscar la verdad por toda la vasta amplitud del horizonte", actitud muy distinta de la que caracterizaba a los Centenaristas por su misma condición histórica, superioridad que emana —según Solano— "de la distancia mayor que la separa del ciclo tormentoso de la guerra civil". Pero anota un defecto grave en la actitud de Los Nuevos: "el odio irrazonado, incomprensible, a la generación del Centenario, es decir, a la que la antecedió inmediatamente, a la que está dando aún el fruto de su disciplina mental, y que ha cumplido en el país una de las más altas misiones, si bien, lo confesamos, no de las más ruidosas". Todo esto, afirma Solano, da la impresión de que la nueva es una generación que se ha manifestado prematuramente, de "algo imperfectamente preparado, lo cual vincula este problema general con el particular de la educación que se da en el país". Solano les critica a Los Nuevos su condición de autodidactos, en algunos casos de haber despreciado incluso cualquier formación profesional; y esto —reforzando su llamado a la reflexión y a la serenidad—, para que no suceda el caso de que de ser cierto lo que afirman Los Nuevos: que la generación del Centenario ha fracasado, la generación que la releva no corra igual suerte, "porque la derrota de dos generaciones sucesivas —concluye Solano— traería casi indefectiblemente la ruina moral y material de la nación colombiana".

La respuesta de Los Nuevos no se hace esperar, y es Alberto Lleras quien asume la vocería del grupo en su escrito "Epístola alrededor de una polémica de generaciones", aparecido en el cuarto número de la revista. Lleras responde a dos cuestiones planteadas por Solano: la labor política de los Centenaristas y la actitud iconoclasta de Los Nuevos. Alberto Lleras acusa a los Centenaristas de haber claudicado ante la vieja política después de haber participado de las Jornadas de Mayo que precipitaron la caída del general Rafael Reyes (1909) y durante las cuales algunos de los Centenaristas tuvieron papeles relevantes: "[...] lamentamos que muchos de esos hombres de entonces, que algunos caudillos de esa revolución después de descollar severamente en ese día de marzo hayan manchado su carrera con lamentables claudicaciones y con posturas poco expresivas en el lenguaje de la honradez espiritual". Esta actitud pusilánime frente a los hechos es la que critican Los Nuevos: "Al través de toda su historia —dice Lleras—, jamás se encuentra el crítico que desmenuce y analice labores. Han perdonado todo, y han aplaudido siempre cualquier acto de un miembro de su generación con una lascivia que nos escandaliza. Por todas partes el ditirambo hiperbólico, hinchado, sin respetar nada. Y para eso, desgraciadamente se han servido ustedes de las prensas que tienen a su disposición. Desgraciadamente, porque esas prensas son hábilmente dirigidas y porque hábilmente dirigen la opinión del país".

La segunda cuestión, los objetivos de la nueva generación, es un punto que el mismo editorial de la revista se encarga de responder: "No pretendemos, ni hemos pretendido nunca, que nuestro sentimiento sea el de toda una masa compacta, solidificada y aglutinada poderosamente. Primero, porque la generación nueva, no es, ni podría ser, dada su inquietud, una sola aspiración, una sola tendencia". Por esta misma razón dice Alberto Lleras, respondiendo a la crítica de autodidactismo que les dirige Solano, "¿nuestra universidad puede dar disciplinas? ¿Dónde está la labor de los del Centenario para reformar ese trozo caduco de

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



José Asunción Silva, El Gráfico, Bogotá, núm. 766, 26 de diciembre de 1925, pág 806.



Baldomero Sanín Cano, caricatura de Ricardo Rendón publicada en Lecturas Dominicales, El Tiempo, 29 de noviembre de 1931.

colonia, esa grotesca pesadilla universitaria? No lo vemos. Y en cambio nosotros sí tenemos ya sobre nuestra historia varios movimientos estudiantiles que si no han cuajado reciamente en el alma intelectual del país ha sido simplemente por la inercia de los hombres que no eran precisamente nuestros". Por eso la réplica es enfática en afirmar que "la generación del Centenario no tuvo ni tiene el sentido de lo contemporáneo como lo tiene la nuestra", que no es cuestión de catálogos ni de libros nuevos, sino de ideas nuevas, de no temer desvincularse del pasado para lanzarse a las nuevas corrientes. "Su generación no quiso —le dice Alberto Lleras a Armando Solano—, no por incapacidad, sino por un olfato debilitado, ser universalizadora"[4], pidiendo un compás de espera para hacer el debido balance de las actividades generacionales para cuando los Centenaristas no tengan ya nada más que hacer y cuando Los Nuevos hayan hecho algo más.

En un artículo aparecido en El Tiempo y titulado "La generación de Vasconcelos", Germán Arciniegas entra en la refriega aduciendo que la crítica dirigida por los Centenaristas de que Los Nuevos aún no exhiben una obra hecha que los supere es "quizá su mayor éxito porque demuestra no ser prematura, precoz o apresurada"; y afirma que "a todo intento creador debe preceder un acto de crítica, y esto es lo que hacen los nuevos, quienes como punto inicial han comprobado la insuficiencia del programa del Centenario, comparándolo con lo que constituye el ideario de vanguardia de los demás pueblos de América". No obstante, Arciniegas propone el nombre de León de Greiff, cuya obra poética delata "una exquisita cultura musical, la inteligencia sutil que domina todo el panorama de un arte" como la manifestación de una revolución que, sin tener un representante compa-

4 Alberto Lleras, "Epístola alrededor de una polémica de generaciones", en Los Nuevos, núm. 4, julio de 1925, págs. 131-135.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

rable entre los Centenaristas, "presenta perspectivas más trascendentales y seductoras que las que tuvo en su tiempo Valencia, a quien siendo anterior, nombramos como el poeta que pueda comparársele a de Greiff".

Al proponer Arciniegas la revolución universitaria como el objetivo de la época, en la que parecen coincidir las juventudes de América desde el "cordobazo" de 1919, es decir "la revolución que salga purificada y [sea] purificadora de las almas, en donde la sangre nueva y el estudio, aseguren una selección por el entusiasmo y por la sabiduría. Es la mejor alianza para combatir la barbarie". Éste mismo es el sentido que, según Arciniegas, tiene el hecho de haber escogido a José Vasconcelos como símbolo para identificar a la nueva generación de americanos. "El espíritu de la nueva conciencia americana —dice Arciniegas— despertó en ese homenaje al constructor de escuelas, al amigo del libro, al enemigo de los tiranos y de los sargentones, al varón fuerte, iluso y optimista. Fue un reto a los hombres pequeños y anuncio de una revolución que debería cumplirse en Colombia, como la obra de los nuevos, si los nuevos no quieren conformarse con la protesta monocorde de que los únicos ilustres en la primera mitad del siglo veinte serán los distinguidos jóvenes que florecieron a la fuga temblorosa del dictador". Aquí alude Arciniegas al acto de reconocimiento que el movimiento estudiantil por la reforma educativa y universitaria en nuestro país hizo de la figura del educador mexicano, movimiento del cual el mismo Arciniegas fuera líder y caudillo.

En la evaluación de la revista que realiza Alberto Lleras en sus *Memorias,* éste afirma que todas las críticas que les hicieron a Los Nuevos de ser "indoctos, mal preparados, ligeros en [sus] apreciaciones, peligrosos y pedantes" eran por desventura ciertas. Pero toda esa efervescencia no duró mucho, porque la revista no resistió el golpe de la fama y desapareció. "Sin embargo, se había hecho algo —afirma Lleras—. Nos dejó encuadrados en un grupo que se siguió reuniendo en los cafés, que fue cada vez más arrogante y complicado —también más extenso— y que terminó por publicar todo lo que le daba la gana en los suplementos de los diarios bogotanos. Y entró en la política, en ambos partidos..."[5]. Una corroboración de estas palabras la da el mismo periódico El Tiempo al publicar en su edición del sábado 22 de agosto de 1925 "Una página de los nuevos", con colaboraciones de Germán Arciniegas (Los tres escollos de la reforma), Luis Vidales (Poemas imaginistas), León de Greiff (Viejos sonetos) y Jorge Zalamea (El viaje), cuando la revista Los Nuevos había dejado de aparecer. La generación nueva ya se había consolidado con el auspicio, acaso involuntario, de sus predecesores y al calor de las definiciones con sus contemporáneos frente al duro embate que las nuevas realidades imponían.

LA VIDA URBANA

Durante la tercera década del siglo XX se asiste a la modernización de las ciudades colombianas, entre las cuales Bogotá marcaba la pauta con construcciones de altura que empleaban nuevos materiales como el concreto y el acero, y la introducción de estilos diferentes del español colonial y del neoclásico francés, escogidos para dar realce a las edificaciones del Estado y otras. Después de las obras que se habían erigido para conmemorar el primer centenario de la Independencia en 1910, varios arquitectos estadounidenses son invitados para diseñar las sedes de los principales bancos en el centro de la ciudad. Para 1924 Bogotá tiene ya 300 automóviles y la pavimentación de vías se acelera entre 1923 y 1926. Y es que en 1925 el sector industrial alcanzaba ya el diez por ciento del producto interno bruto.

5 Alberto Lleras, *Memorias*, pág. 249.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Los nuevos frentes de trabajo abiertos por los dineros provenientes de la indemnización que Estados Unidos le diera a Colombia por la toma de Panamá, la famosa "danza de los millones", se aplicaron en buena medida a las obras públicas, con un descenso considerable en los niveles de desempleo y un alza en el nivel de los salarios. Estos hechos incentivarían la migración a las ciudades, cambiando el patrón de poblamiento del país eminentemente rural que era Colombia hasta ese momento. Innovaciones como el cinematógrafo, la aviación, el automóvil, la radiodifusión y el periodismo de amplia circulación, además de las actividades musicales, teatrales y artísticas en general, demandaban nuevos sitios de reunión y esparcimiento que dieran curso a los ritos sociales y a las nuevas costumbres que introducían las modas foráneas. Los años veinte son, en rigor, los que verán nacer los cafés en las ciudades colombianas, aunque antes existieran establecimientos que incluían en su nombre la divisa de la bebida que poco a poco ganaría el favor de los colombianos en su gusto y en su economía.

El grupo de Los Nuevos escogería por predilección dos cafés situados en el centro de la ciudad: el Windsor, en la calle 13, y el Rivière, en la 14, muy cerca de la Avenida Real del Comercio (la carrera séptima de hoy), como sitios habituales de sus tertulias. "Los alegres compadres del Windsor", como también se llamaba a Los Nuevos, solían reunirse en el establecimiento de propiedad de los hermanos Luis Eduardo y Agustín Nieto Caballero, de ambiente grato, donde se podían degustar algunos platos además de abundantes licores, y cuyas tardes eran amenizadas por una pequeña orquesta. En una crónica muy mentada de Alberto Lleras se recogen algunas imágenes de estas sesiones, como la de León de Greiff, "con el sombrero gigante de amplias alas, la barba bermeja e hirsuta, los ojos azules de vikingo —que no habían visto el mar— y la pipa que echaba humo perfumado sobre las ondas humanas, como la chimenea de un barco fantasmagórico". Así mismo la del cronista Luis Tejada, "muy joven, un poco frágil, despeinado, curioso y [que] parecía salir a la calle a capturar imágenes que después, una a una, iban apareciendo en sus crónicas, escritas en un estilo de simplicidad y firmeza que recordaba la línea de los dibujos de Rendón, en abierta contradicción con los principios retóricos de la época". O la del mismo Ricardo Rendón, taciturno y vestido de negro, quien solía realizar sus dibujos y sus cáusticas caricaturas sobre las blancas mesas metálicas del café. Contertulios habituales eran también el poeta Luis Vidales, de contagioso humor; el inquieto, locuaz y vehemente contradictor Jorge Zalamea, el marxista melancólico que fue José Mar, Germán Arciniegas, los hermanos Umaña Bernal, Hernando Téllez, Jorge Eliécer Gaitán y tantos otros que trabajaban en los diarios, las revistas, la cátedra y las dependencias del Estado, cuando no dinamizaban sus propios negocios o sus gabinetes de abogado en la vecindad de estos locales. Hasta el presente no se ha ponderado en nuestro medio la importancia de los cafés como generadores de opinión pública que luego se irradiaba sobre la urbe y como foros democráticos donde se conversaba de lo divino y lo humano, y en los que se buscaba la ocasión para el trabajo, al mismo tiempo que se posaba de librepensador y de haragán para completar esa imagen moderna del artista y del intelectual bohemio. Figura entre pública y privada, laboriosa y ociosa a un tiempo, tolerante y pugnaz en los principios; pero ante todo ser social que construye su lenguaje y su discurso en interacción con una sociedad que se modernizaba contradictoriamente merced al juego de las fuerzas actuantes en la política, la economía, la ciencia, la cultura y las artes.

Una ciudad, decíamos, donde ya "suenan timbres", donde las máquinas y los automóviles agitan el ritmo de las gentes y la comunicación sin hilos y de masas vinculaba al lugar con el mundo, transformando sus experiencias espacio-temporales,

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



José Eustasio Rivera, caricatura de Ricardo Rendón, publicada en *Recuerdo, explicación e interpretación de Ricardo Rendón*, Medellín, Banco Comercial Antioqueño, Editorial Colina, 1976, pág. 123.



Gregorio Castañeda Aragón (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 79).

sacudiendo costumbres ancestrales al viento de las modas y las innovaciones que en muchos terrenos se ven impulsadas por el huracán capitalista. La mención de estos fenómenos se echa de menos en las páginas de la revista Los Nuevos. Allí hay espacio para la crítica y para la reseña literaria, teatral y cultural. Pero la vida musical, el fenómeno del cinematógrafo, las posibilidades de la naciente radio —esto es, la industria cultural en ciernes— no son sentidas aún por los espíritus más despiertos de la época. La actividad literaria se encuentra afincada en la labor escrita, y tan sólo la fotografía merece una simpática crónica que la emparienta con la muerte.

LOS NUEVOS Y LA VANGUARDIA

Si echáramos un vistazo a la historia literaria latinoamericana, veríamos curiosas coincidencias que se cruzan en este "umbral de época" que constituye el año 1925. De esta fecha data la primera edición de la novela *De sobremesa*, de José Asunción Silva, que permaneciera inédita casi tres decenios después de la muerte del más destacado escritor modernista colombiano, como si acaso esperase este segundo impulso modernizante para ganar los pocos adeptos que tan singular obra ha merecido entre nosotros. León de Greiff publica sus *Tergiversaciones*, primer mamotreto de su voluminosa obra literaria, para escándalo de no pocos y regocijo de los espíritus libres, en tanto que su cofrade Rafael Maya saca a la luz su libro *La vida en la sombra*. Éste es el año en que Jorge Luis Borges publica en Buenos Aires su segundo libro de poesía, *Luna de enfrente*, y el primero de ensayos, bajo el título de *Inquisiciones*, escritos en el espíritu ultraísta del que más tarde renegaría. Su coterráneo Oliverio Girondo, animador en Argentina del movimiento Ultra, que había

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

dado a conocer sus *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* en 1922, publica sus *Calcomanías* en 1925. En la misma ciudad de Buenos Aires, Baldomero Sanín Cano publica su obra *Civilización manual y otros ensayos*, en la editorial Babel, fruto de su dilatada estadía en Europa expuesto a todas las corrientes del pensamiento contemporáneo. Pablo Neruda pone a circular, por su parte, *Residencia en la tierra*, cuyo hermetismo telúrico contrasta con sus amorosos poemas de juventud. Un año atrás se conoció en Bogotá *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, que gozaría desde sus comienzos de buena estrella como novela americana, y el año 1926 ve aparecer un poemario de escándalo, *Suenan timbres*, de Luis Vidales, con la primera noticia que tenemos en nuestro medio de la existencia de "colas" a las puertas de las librerías, más que todo de los detractores del libro, motivo además de reyertas en el café Rivière. Estos pocos datos nos sirven para ilustrar que en algo se estaba remozando el país cultural al aparecer la revista Los Nuevos, sin relación directa con el radicalismo que se sintió en otras latitudes y expresado por la insurgencia de las vanguardias europeas que revolucionaron la literatura, el arte y el pensamiento contemporáneos. Al respecto, la última glosa de Los Nuevos, la del número 5 del 10 de agosto de 1925, está dedicada a reseñar una conferencia de J. Pérez Domenech, escritor español que vino a difundir el manifiesto Ultra, y que fuera ofrecida en Bogotá. Allí se lee: "Góngora, Mallarmé, Cocteau, Aragón, Huidobro, Gutiérrez Gili, García Lorca. Es un círculo. De España sale el movimiento con Góngora, pero para revaluar a Góngora es necesario haberlo visto en francés. He ahí una parte de la conferencia. Y la otra. Hay que asesinar a la luna (Marinetti). Con la luna se asesina al pasado. La plasticidad imaginista, la acción, la emoción [...] la sinceridad brutal, masculina" del ultraísta es lo que atrae a Los Nuevos de la rebeldía de un "muchacho audaz y de matices espirituales" que llegado a Barranquilla confraternizó primero con el grupo de la revista Voces, de don Ramón Vinyes, antes de su llegada a la capital. De J. Pérez Domenech, la revista Los Nuevos había publicado, en su tercera entrega, los poemas *Recontaba nostalgias*, dedicado a Castañeda Aragón, y *Mayo en el trópico*, ofrecido al "poeta y amigo Ramón Vinyes", ambos fechados en Barranquilla en 1925.

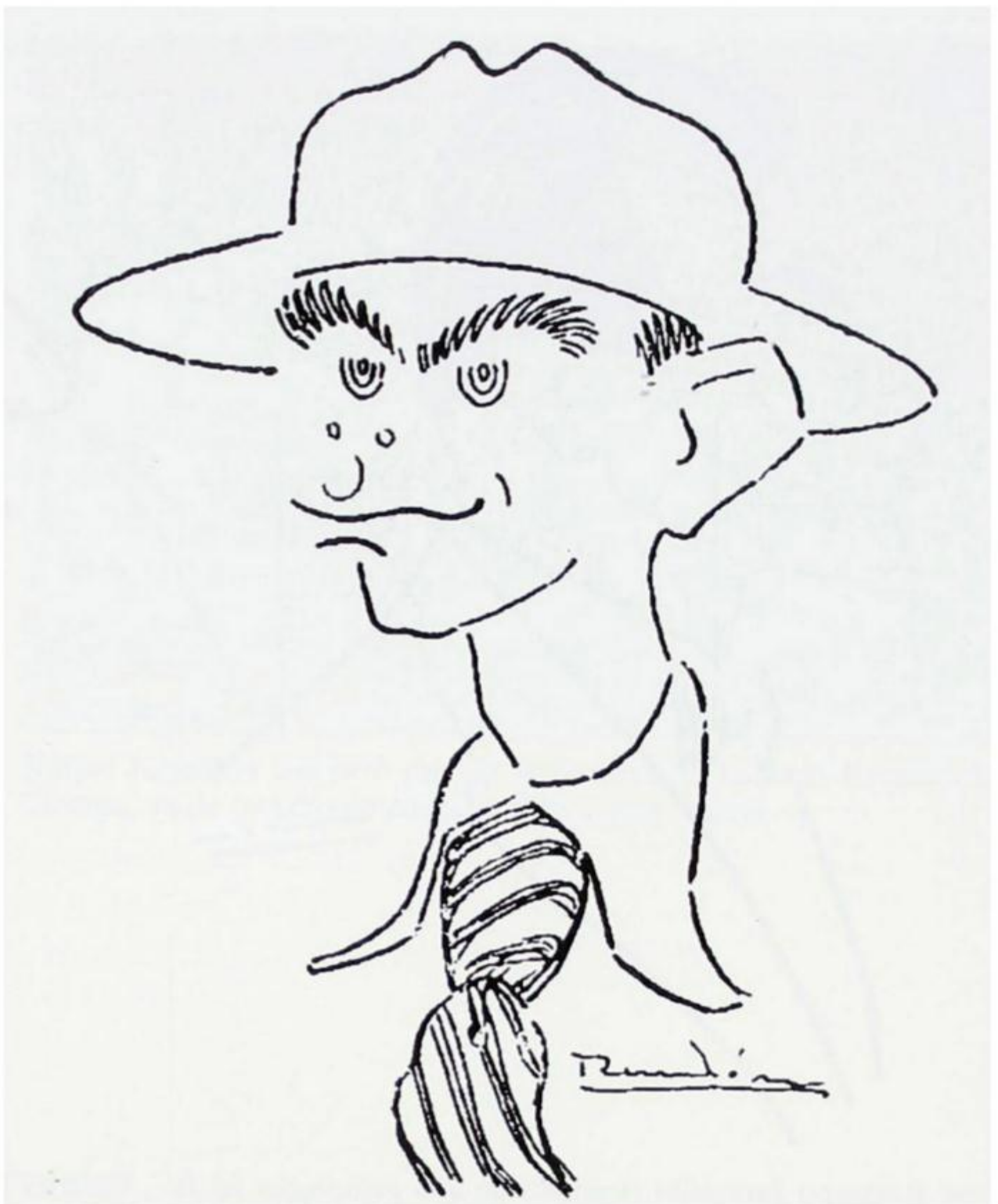
COLABORADORES DE LA REVISTA

En la bandera de la revista Los Nuevos se enunciaban los temas que la animaban: política, crítica, literatura, asuntos sociales. A estos temas apuntan las colaboraciones que aparecen en los cinco números de la publicación. Las notas editoriales corren por cuenta de Felipe Lleras, el director de la revista, que en su mayoría se refieren a asuntos políticos, igual que la contribución ya citada del "leopardo" Silvio Villegas. La literatura recibe el mayor número de contribuciones: por el lado de la poesía aparecen escritos de León de Greiff, Rafael Maya, Rafael Vásquez, Gregorio Castañeda Aragón, Germán Pardo García, Otto de Greiff, José Umaña Bernal, Paul Claudel, Germaine Tourangelle y J. Pérez Domenech. La narrativa cuenta con obras de Jorge Zalamea, José Restrepo Jaramillo, Ramón Vinyes, Luis Vidales, Manuel García Herreros, Alejandro Vallejo y L. Andréiev. Una pieza teatral de la autoría de Lord Dunsany (Los dioses de la montaña) apareció en el primer número de Los Nuevos. La estética cuenta con la contribución de los "Doce principios para la crítica del arte nuevo", de Horace Shipp. La reseña de la actividad cultural corre a cargo de Jorge Zalamea, E. R. y A.; en tanto que artículos sobre "El espíritu místico", "La decadencia de la crónica", la "Epístola alrededor de una polémica de generaciones" y "Las dos generaciones" son de la autoría de Alberto Lleras, el más joven de Los Nuevos. J. Camacho Carreño elabora, por su parte, una semblanza de Luis Serrano Blanco, mientras que Henri Barbusse tiene el espacio edi-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



José Umaña Bernal (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 360).



Augusto Ramírez Moreno ((tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 286).

torial del número cinco para abordar "La cuestión de las responsabilidades de la guerra de 1914".

Prima, desde luego, la literatura con buenos ejemplos de poesía clásica y vanguardista, relatos experimentales, traducciones y crítica literaria y cultural. La revista Los Nuevos era considerada por sus colaboradores como una extensión de las mesas del Windsor, de las tertulias del grupo de amigos unido por una estrecha camaradería. Publicar en sus páginas resultaba casi una quijotada, pues sus 200 ejemplares mal contados eran una renuncia consciente a los miles de lectores que tenían en los diarios bogotanos de la época. Aventura que a la postre reportaría beneficios a sus participantes, por cuanto les abrió de par en par las puertas de la escena cultural colombiana. Lo que permite concluir que Los Nuevos eran personas atentas y bien informadas que supieron dar salida a sus ímpetus de rebeldía en un medio cerrado y austero y, más aún, temeroso de los cambios que implicaran conquistas masivas. Los tiempos que vendrían a continuación validarían algunos de los postulados "nuevos" y atemperarían los alcances que varios de sus miembros dieron a sus acciones.

LOS NUEVOS EN LA CULTURA COLOMBIANA

La crítica literaria y cultural colombiana se ha encargado de acotar los alcances de la labor intelectual de Los Nuevos, limitándose a reconocer, como Rafael Gutiérrez Girardot, que algunos de sus miembros (Vidales, De Greiff, Tejada) "pusieron en

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



José Restrepo Jaramillo (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 299).



Gabriel Turbay (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 358).

tela de juicio la sociedad que no pudieron demoler", diferenciándolos de otros grupos de escritores de la vida literaria colombiana, como El Mosaico y La Gruta Simbólica, afirmando que "tenían una conciencia discretamente mesiánica [...] que expresaban con muy modesto *pathos*"[6]. Por su lado, Fernando Charry Lara dice que la principal queja dirigida contra la labor conjunta del grupo "es la de haber sido ajenos a la poética de su tiempo. Decir hoy esto es fácil —agrega—, pero es igualmente ineludible, ya que el periodo de la posguerra, desde Apollinaire y el futurismo en 1918 hasta la rebelión surrealista en 1924, pasando por el creacionismo, el ultraísmo y las discusiones en torno a la poesía pura a partir de 1925, fueron años invadidos de poesía, de teoría poética y de polémica sobre la lírica moderna. Nada, o casi nada de ello se escuchó entre nosotros", y que, "a pesar de lo que declararon, fueron conformistas y tardos ante la súbita llamarada que encendían sus compañeros latinoamericanos. A la herejía y a la insolencia, opusieron un tono asordinado. Pero los mejores representantes de Los Nuevos —concluye Charry Lara— se mostraron ejemplares en la conciencia y en la dignidad de lo literario, lo que es, sin duda, en cualquier parte, rastro perdurable"[7].

Toda vanguardia, lo sabemos, aspira a ingresar en la tradición; así los saltos, las mutaciones y las rupturas que han caracterizado el desarrollo de la cultura y las artes contemporáneas han instaurado estéticas que han abierto el espacio hermenéutico para que escuelas y movimientos sigan sus pasos y, de esta manera, podamos asistir hoy día a una proliferación de tendencias que reclaman igual validez; siempre y cuando respondan a esa "necesidad interior" que reclamaba Wilhelm Woringer para el arte genuino, a ese "espiritual en el arte" que reivindicaba Kandinsky para el arte moderno en pugna con la tradición, que busca imponer sus

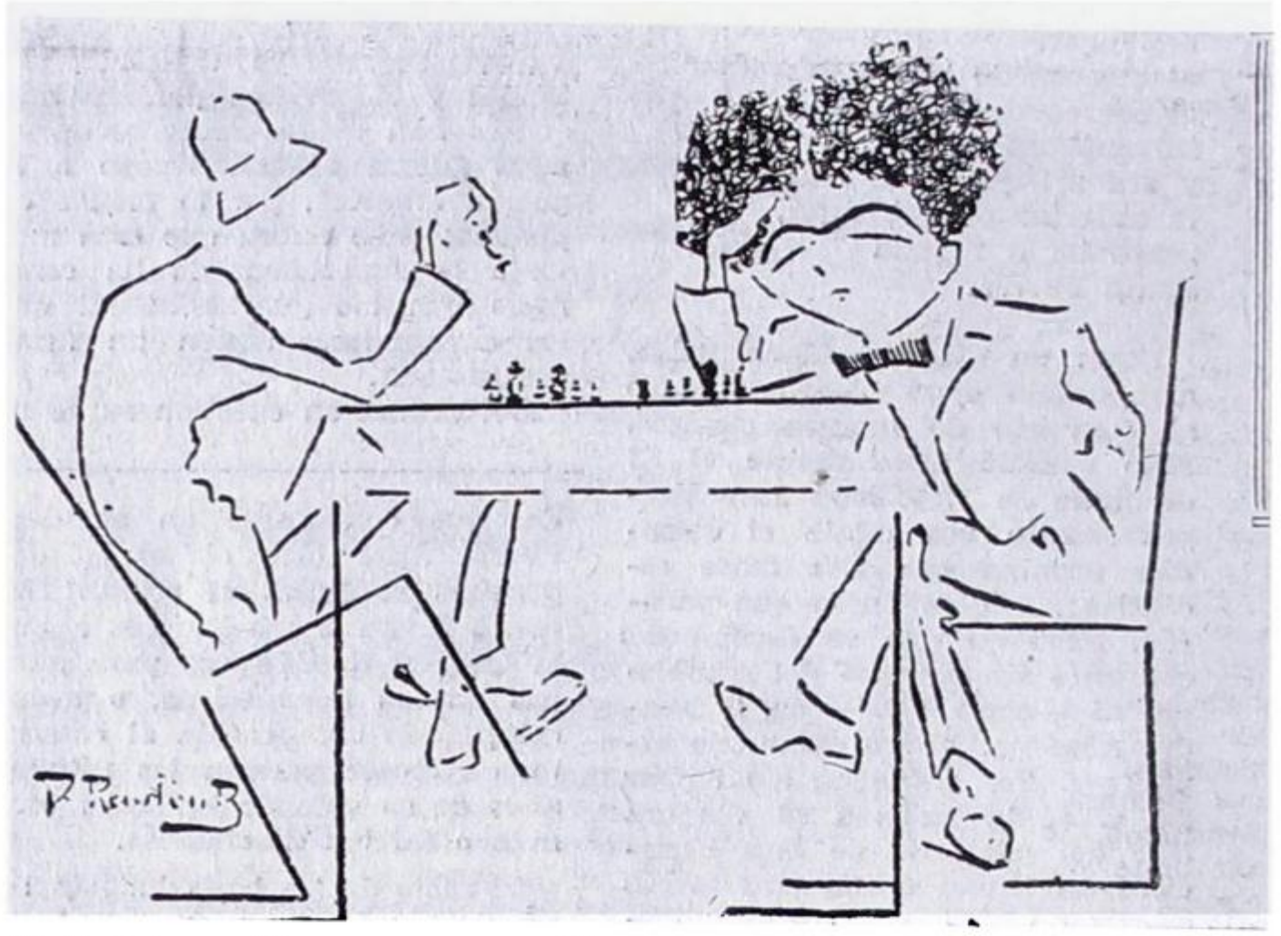
6 Rafael Gutiérrez Girardot, "La literatura colombiana en el siglo XX", en *Manual de historia de Colombia*, t. III, Bogotá, Colcultura, 1980, pág. 488.

7 Fernando Charry Lara, "Los Nuevos", en *Manual de literatura colombiana*, t. II, Bogotá, Planeta-Colcultura, 1988, págs. 84-85.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



Rafael Vásquez (tomado de *400 personajes en la pluma de Rendón*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1994, pág. 382).



Rafael Jaramillo con otro panida, caricatura de Ricardo Rendón, El Tiempo, 25 de febrero de 1940, sección 2, pág. cuarta.

cánones a todas las expresiones de la sensibilidad de nuestro tiempo. Por eso es lícito preguntarse con Charry Lara cuál de las dos actitudes, la medianamente tradicional o la vanguardista, vendría con el tiempo a ser menos irrevocable, "ya que no podría dejarse de reconocer que el revuelo de los años veinte vino a abundar, como su similor y sus falsas joyas, en lo intrascendente y lo apócrifo". En esto coincide con Carlos Uribe Celis, quien ha dedicado un libro a los años veinte en Colombia. Cuando éste último, al hablar del curso de las ideas del decenio, señala las críticas dirigidas a Los Nuevos de ser los menos vanguardistas, los más clásicos, comenta: "Aunque podría ser también que esto sólo esté indicando que la formación con la que llegaron al *boom* era sólida y bien fundada, y eso los dispensó de extravagancias circenses"[8].

Rafael Maya también le ha dedicado a su generación algunas reflexiones que bien merecen mencionarse por venir del interior del movimiento. "En la crítica, en el teatro y en la novela [esta generación de Los Nuevos] intentó una completa renovación de conceptos, sin llegar más que a ensayos plausibles de significación aislada y personal, pero que no lograron modificar las ideas generales que sobre esos géneros imperan y siguen imperando en el país"[9]. Maya caracteriza el estilo grecolatino manifiesto en los escritores que dentro de Los Nuevos representan la tendencia tradicionalista y conservadora como un "humanismo de segunda mano", con el cual querían restaurar la tradición clásica en el país, vinculada casi exclusivamente al partido del orden, a la filosofía espiritualista y al credo católico, que era en su momento el "nervio de la administración pública". Villegas, Camacho Carreño y Arango hicieron suya una retórica flamante, "todo el decorativismo antiguo, puesto al servicio de la imaginación tropical"; en síntesis, estilismo y nada más, es el gran legado del modernismo y del falso humanismo. El sector izquier-

8 Carlos Uribe Celis, *Los años veinte en Colombia*, Bogotá, Ediciones Aurora, 1985, pág. 97.

9 Rafael Maya, "Generación de Los Nuevos" (*Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana*, 1944), en *Obra crítica*, t. II, Bogotá, Ediciones del Banco de la República, 1982, pág. 206.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

dista de Los Nuevos, en opinión de Rafael Maya, "fue el más audaz en cuanto a innovaciones artísticas y políticas; pero si comparamos esas audacias con las de ahora (1944), llegamos a la conclusión de que, no obstante haber parecido aquéllas, en su tiempo, cosa anárquica y desquiciada, ofrecen todavía bases de estructura y de método que indicaban la vigencia de una teoría clásica que, es cierto, empezaba ya a desmoronarse"[10]. El difícil equilibrio entre la tradición y la vanguardia, según las palabras de Maya, lo ganó a la postre la tradición, aunque con una renovación modernizante, como corroborando el decir de Eduardo Carranza, que afirmaba que "Colombia [es] país estéril para los extremismos literarios".

Pero también es cierto que la adhesión a Los Nuevos fue paulatina y progresiva, y escritores como Jorge Zalamea y Hernando Téllez vendrían a ser reconocidos como los primeros ensayistas de su generación acompañados de novelistas como José Antonio Osorio Lizarazo, historiadores como Germán Arciniegas y políticos como Jorge Eliécer Gaitán. En una entrevista aparecida en el suplemento literario de El Tiempo en 1952, Felipe Lleras interroga a Hernando Téllez (1908-1966) sobre su generación y sus contemporáneos en las letras nacionales. A esto responde Téllez: "Pertenezco a lo que pudiera llamarse la cosecha de mitaca de la generación de Los Nuevos. Eduardo Zalamea, Eduardo Caballero y yo, llegamos de último a esa generación, pero no nos demoramos cronológicamente tanto en llegar como para que nos alcanzaran los Piedracielistas ni nos apresuramos tanto en aparecer como para que nos consideraran contemporáneos de Ricardo Rendón. [...] Años más, años menos, somos de los mismos, con las mismas"[11]. Porque Nuevos también fueron, aunque no aparezcan en la bandera de la revista, Alejandro Vallejo, Diego Mejía, Moisés Prieto, Luis Tejada, Ricardo Rendón, Pepe Medina y Gabriel Turbay, quienes figuraron entre los primeros intelectuales colombianos en afiliarse a las ideas socialistas y comunistas y en fundar organizaciones políticas y gremiales populares.

Una caracterización de conjunto de Los Nuevos se hace problemática por lo que ya se ha expresado de no poder considerárseles como algo homogéneo ni armónico. Hay autores, críticos e historiadores, que han preferido emitir un juicio parcial considerando los aportes personales de cada uno de sus integrantes. O, a lo sumo, elegir algunos nombres para destacar ciertos aspectos novedosos del conjunto, o para arriesgar un criterio sumario sobre sus obras. Ya que, desde luego, habría otras vertientes interesantes y sugerentes de explorar, como la que podrían encarnar nombres como los de José Umaña Bernal, Rafael Maya, Alberto Ángel Montoya y Germán Pardo García en el campo de la poesía, cuyo "ímpetu renovador parece no haber implicado ni requerido en forma alguna aquella rebeldía rampante" de sus compañeros de grupo, todo ello "sin desmedro de la común vivencia del viraje histórico de la sensibilidad, en donde radicó el destino de todos ellos", a que alude Jaime Mejía Duque como la tendencia *señorial,* en la que lo reverencial atempera el gesto y predomina el ademán evocativo y elegante[12]. Otro tanto sucede con escritores tan prolíficos y plurales como Jorge Zalamea, Germán Arciniegas, José Antonio Osorio Lizarazo y Hernando Téllez, para integrar a la generación que irrumpe en los años veinte a la república de las letras otros autores destacados que no estuvieron en la órbita de la revista Los Nuevos, junto a otra vertiente como la que integraron Alberto Lleras Camargo, Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay, Silvio Villegas, Augusto Ramírez Moreno y José Camacho Carreño, para señalar sólo algunos de los que, partiendo del periodismo y las letras, fueron a parar de lleno al campo de las lides políticas partidistas. Este complejo panorama generacional de una juventud que se abrió paso abruptamente por entre sus mayores, los Centenaristas, no puede ser apreciado desde la óptica de la injusticia

10 Rafael Maya, *op. cit.*, pág. 208.

11 Hernando Téllez, en *Textos no recogidos en libro 2*, Bogotá, Colcultura, 1979, pág. 943.

12 Jaime Mejía Duque, "Balance esquemático de cuatro generaciones poéticas", en Magazín Dominical de El Espectador, núm. 602, 13 de noviembre de 1994, pág. 3.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

con la que, según Zalamea, en su momento Los Nuevos juzgaron a sus predecesores, puesto que los tiempos que siguieron juntaron sus caminos y sólo hacia la mitad del siglo se pudo apreciar más claramente el logro conseguido en los campos educativo, político, social, artístico y cultural que diera el fruto maduro que unánimemente reconocen todos aquellos que han indagado en los orígenes y problemas que enfrentó la generación de Mito. Por las limitaciones de este escrito, aquí sólo se ha visto el comienzo del proceso, dejando para otro lugar el balance de su múltiple labor. Pero si trazamos un arco generoso entre los momentos de auge de sus olas generacionales, podríamos caracterizar a 1925, fecha en que la revista Los Nuevos ve la luz, como a 1955, año de aparición de la revista Mito —en plena dictadura militar—, como hitos en los que el arte y el pensamiento han querido desprovincianizar la cultura colombiana, embistiendo al medio ambiente cultural con la audacia de una proa y provistos del espíritu de la rosa de los vientos.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.